

EL BALUARTE

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 750
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 47

Sevilla—Martes 25 de Febrero de 1902

AÑO XXVI

LA CUESTION DE ORDEN PÚBLICO

Las cosas siguen lo mismo que en días anteriores, porque el conflicto está en pie, y obreros y patronos odiándose cordialmente, sin que una mano cariñosa ni un consejo discreto haya puesto los medios adecuados para establecer un acuerdo entre los contendientes, ó, por lo menos, sentar los jalones para llegar á una inteligencia que siquiera por el momento ponga límite al gravísimo conflicto.

Solo Pablo Iglesias, en representación de un puñado de socialistas, actuando de aliado del Poder actual, y cerrando contra los compañeros libertarios y contra los mismos compañeros socialistas que no comulgan en su pequeña capilla, ha dicho algo para condenar la huelga y para dirigir cargos durísimos á los que, exponiéndolo todo y corriendo todos los riesgos, están ya, ó estarán mañana, bajo la acción directa de la Ley y en poder nada menos que de los tribunales militares.

La caridad de este apóstol, y el amor de este pontífice para la hueste trabajadora, se demuestra así: tratándolos durísimamente en momentos en que toda lucha debiera cesar, y entregar á la reserva censuras y juicios que podría aplicar cuando las circunstancias actuales hayan cesado y esté normalizada la situación, que hoy semejante conducta, ó parece alianza con el adversario, ó traición al compañero y al amigo, y para esto se acoge á la prensa burguesa y á las autoridades burguesas, contra quienes fulmina todos los rayos de la execración cuando está en su círculo ó cuando desde *El Socialista* comunica sus órdenes á los afiliados.

No se ha restablecido el orden en Barcelona, ni ha cesado la agitación en otras grandes ciudades, y muchos centros fabriles é industriales están parados; y en otras ciudades se anuncia un acto de solidaridad respecto del hecho realizado por los obreros barceloneses; y ese gobierno, que ya se asusta de su propia obra, y ese señor Silvela, que al recordarle cierto amigo suyo el empeño con que Cánovas y él, y todos los conservadores pusieron para desviar á los trabajadores de los partidos democráticos y republicanos, se echaba las manos á la cabeza influido por verdadero terror, no pudiendo decir que su obra no les ha salido perfecta; y que aun ahora esos mismos republicanos más decididos que han podido echar leña á la hoguera, han permanecido, no ya cruzados de brazos, sino trabajando por el restablecimiento de la normalidad monárquica; y á esto obedece principalmente se hayan limitado á una protesta sin consecuencias luctuosas; que en Sevilla, Valladolid, Coruña y otras provincias no se haya perturbado el orden, y que Madrid permanezca tranquilo; en estas poblaciones todavía conserva el republicanismo importantísimas masas de obreros y de trabajadores, que aun agrupados por oficios y formando parte de la gran federación de trabajadores, fian su redención en la democracia, aman la República y esperan del sistema republicano la redención á que aspiran y el reconocimiento por la ley de las pretensiones justas que solicitan.

Por esto la cuestión de orden público no ha llegado al límite contra un gobierno que ha atentado á todo, y contra hombres y partidos políticos que no se han cuidado más que de combatir á los republicanos.

Que no nos pregunten ahora qué hacemos; que si permanecemos aquí, permanecemos quietos ante un problema de solidaridad universal de una clase que ha elegido á la nación española como piedra de toque, y que han servido obreros españoles de cabeza de turco y de ensayo probablemente para mayores y posteriores empeños con nuestra actitud y con nuestra conducta hemos demostrado nuestro patriotismo, advirtiéndole de paso á todas las demás fuerzas y clases de la sociedad el gran sentido de gobierno que tienen todos los republicanos, hasta los más radicales, que pudieran haber aprovechado estas perturbaciones; que mañana no sabremos estas conjuraciones, sino evitarlos sin apelar á las armas ni al estado de sitio.

Ni un ¡viva la República! ha sonado en estos

días tristes, porque el pueblo ha sabido mantenerse prudente y discreto, entendiéndolo que no ha llegado el momento de plantear la cuestión de orden público que tanto preocupa al Gobierno y á los conservadores, porque el problema sigue en pie y habrá que resolverlo, y entonces los republicanos cumpliremos con nuestro deber.

A. A.

Nota del día

Se nos viene encima otro conflicto: la huelga del Guadalquivir, que no se amolda á las exigencias y á la tiranía de su patrono el cauce, y se desborda y se extiende y se desparrama sobre esos campos, sembrando la desolación en las vegas y en los pueblos ribereños.

Nuestras autoridades no ganan para susos.

Hasta aquí han podido triunfar amenazando con la violenta represión, descargando el fardo de obligaciones civiles sobre los hombros féreos de la autoridad militar; pero, ahora, no hay esa salvación: el río es una sierpe escamada en la que se embotan los balines de los Maüser y aun los botes de metralla.

El conflicto obrero ha podido ahogarse en la misma matriz: dentro de ella, donde ya estaba—al decir de los augures de la policía secreta, institución salvadora de todos los gobiernos españoles—se le ha retorcido, se le ha machacado: la naturaleza hará lo demás, y lo expelirá como pueda.

El conflicto que se acerca necesita de otros medios, porque en él van, estrechamente unidos, los obreros y los burgueses: la inundación no distingue de clases.

Es indudable que la Sabiduría Suprema quiere poner á prueba, en este año de sensaciones augustas y de augustos acontecimientos, la paciencia de los españoles.

Huelgas, tiros, arriadas... ¡y coronación!
Esto sí que nos dará derecho á exclamar:

—¡Hasta la coronilla, camarad!

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

Hoy es día de San Serapio, ¡y así ha amanecido!

¡Vaya una cara fea!
Más fea que el nombre de Serapio.

Mi querido colega *El Liberal* de hoy publica en primera plana una zincografía con el retrato del señor Gobernador de Sevilla.

Al principio me creí que era el anuncio de esa Emulsión en el que presentan una figura de niña gorda para probar que con ese medicamento no hace falta pan de trigo... Pero luego me fijé, y ví que tenía barba.

Y me dije:

—Este debe de ser el Gobernador.

Efectivamente: su retrato y su hoja de servicios.

Entre estos últimos le apunta el colega el de ser hermano de otro gobernador Moral que tuvimos en Sevilla.

De donde se saca la consecuencia de que esta familia es un vivero de gobernadores.

Por lo pronto, le voy á recomendar al señor Moral una cosa:

Que tome el chocolate de Matías López, porque está algo enjuto.

Hoy no ha llegado *El País* de Madrid á Sevilla.

Por consiguiente, hoy hay cuatro docenas de hombres y mujeres que ayunan en nuestra ciudad.

Decía el otro día un vendedor:

—Todas las denuncias de *El País* las siento yo en el estómago.

¡Alabado sea Dios que nos deja vivir en este régimen de libertad omnímoda que gozamos!

¡Y luego se queja el periódico de D. Virtuoso de que dejamos entrar á los ingleses en España haciendo compras y quedándose con las mejores industrias y los mejores edificios!...

Entre ser de Marruecos y ser de Londres, más vale esto último.

Siquiera con esta gente se goza del respeto á la propiedad.

El husillero de casa, encargado en revisar si el Guadalquivir se mueve de su lecho natural, ha asegurado al Alcalde, que aquél lleva ya de más unos tres metros... Se espera que subiendo seguirá, y dentro de cuatro días nos podremos recrear en las vegas arriadas, y en algunas cosas más... De modo que, para Feria, el Municipio podrá anunciar en los festejos con toda seguridad: «Este año habrá arriada y ahogados al natural.»

**

Aunque el telégrafo no funciona, las últimas noticias que nos han llegado aseguran que las fábricas de Barcelona han abierto sus puertas, y que los obreros han comenzado á trabajar.

No ha habido arreglo de ninguna clase. Los patronos no han accedido á las pretensiones de los obreros, ni los buenos oficios del señor Gobernador han sido de utilidad.

La historia de lo acaecido está en el final de un artículo de Corton, escritor catalán, que dice:

«Y pasaron ocho semanas de hambre para el obrero, de esperanza, tal vez, para el patrono, de indiferencia para el público. El obrero del arte metalúrgico, después de haber pedido limosna, después de haber hecho colectas entre las asociaciones populares y realizado viajes al extranjero en demanda de socorros, quemó el último cartucho, apelando á la solidaridad. Y ésta ha resplandecido de tal modo, que en un minuto, con una disciplina asombrosa, sin excepción de ningún oficio, dando testimonio de una fe singular y de una mentalidad del todo distinta de la nuestra, ochenta mil obreros han proclamado en Barcelona, y por primera vez en el mundo, la huelga general.

—Ya ve usted—me decía ayer un tipógrafo adherido á la huelga.—No podíamos dejar á los compañeros del arte metalúrgico que se muriesen de hambre...

—De modo que habéis hecho la huelga...
—Para comer.»

Efectivamente: la hicieron para comer, y les ha resultado la comida una bebida amarga.

Lágrimas, duelos, muertes, encarcelamientos y todo el cortejo de desdichas consiguiente á estos movimientos sociales.

Y los burgueses riéndose.
Y los conventos de jesuitas y frailes, en pie.

Esto último es lo que me llama la atención.

¡Qué santo respeto ha habido en el movimiento de Barcelona para todo aquello que significa privilegio y vagancia!

Es cosa de meditarlo bien.

**

A mi querido colega *La Iberia* le ha salido un colaborador de sotana que da el opio.

—¡No tiene sotana!

—Pues... si no la tiene, debe de ponerse-la.

En la fecha en que vivimos, en pleno siglo veinte, y después de su prólogo de presentación y todo lo demás, se descuelga el talentudo señor, hablando por su propia cuenta, y por la de Donoso Cortés, Lacordaire, Santo Tomás, Carke y demás *ejusdem fur fur*, diciendo:

«Porque la religión es una de las bases fundamentales de la sociedad civil y política; es idea matriz de donde nacen las de virtud, derecho, deber, justicia, razón y libertad, y la verdadera religión implica el progreso, produce la civilización y entraña la libertad.»

No se pueden decir más disparates unos de otros.

Aunque no sabemos lo que dicho señor entenderá por *verdadera religión*.

Pero... el estilo, las citas, la idea madre que deja traslucir en dicho escrito, con su Santo Tomás acuestas, nos hace pensar que la *verdadera religión* de que trata es la católica.

¡Y es claro!... La religión católica implica el progreso, hasta el punto de que los países católicos son los más atrasados.

Produce la civilización... no puede ser por menos. No hay más que echar mano á la Biblia y perder el seso delectreándola, civilizándose con aquél Abraham graciosísimo é ilustrado, que lleva su mujer guapa de pueblo en pueblo, diciéndole en todos ellos que es su hermana para vivir á costa de ella... Y aquí la coge un rey y juega con ella un rato, en tanto le da al marido-hermano diez vacas y veinte carnero; y allá la coge otro y repite la misma escena; y allá, á los noventa años de la señora, ¡quien todavía se conservaba hermosa y guapa!, concibe y pare, no por obra de varón, sino milagrosamente... ¡Qué civilización va á producir eso, señor mío!...

Entraña la libertad... ¡La religión entraña

la libertad? ¿De cuándo acá, si es su mayor enemigo?

¿A qué aspira la religión sino á esclavizar, no solo las conciencias, sino las costumbres?...
¿Para quién escribe usted, señor mío?

Y sigue diciendo dicho señor, refiriéndose á la religión:

«No otra cosa podría ser, siendo Dios como es, océano inmenso de luz, de verdad, de ciencia, de vida y de perfección; verdad y ciencia hermanas de la hermosa libertad, perdurables, eternas.»

Boca abajo todo el mundo.

¿Y qué tiene que ver la religión con Dios, ni dónde ha visto usted á Dios para asegurar que es océano inmenso de luz, de vida y de perfección?

—¡Lo presumo!

Pues... eso. Presúmalo usted y no lo dé como hecho robado.

Todo se le puede á usted tolerar, señor mío, siempre que no asegure que la religión es la libertad... Todas las religiones son frenos para el espíritu y para la materia, y, por tanto, contrarias á la libertad.

¡Dios mío!... ¡Hasta en *La Iberia* ha entrado ya el *virgo potens* y el *virgo clemens*!...

Joanne Josephus, te veo ya con el hisopo y la caldereta.

**

Cavestany ha entrado como miembro en la Academia.

Cuando yo le conocí no sabía gramática, y era la desesperación de D. Francisco Rodríguez Zapata, su profesor de Retórica; pero eso no quita ni pone. La habrá aprendido, porque por algo ha entrado ya en la categoría de los genios.

Su discurso de entrada ha versado sobre los cantares, y de él es este párrafo que va á continuación:

«Todos le conocemos, todos le hemos visto alguna vez, porque él no se oculta á nuestra mirada. Es el gañán que rompe con su arado la tierra de las vastas llanuras castellanas; el segador que se abrasa bajo los rayos del sol de fuego de Andalucía; el marinero cuya barca mecen las olas del mar azul que besa las playas levantinas; es el campesino que vuelve á su hogar después de la ruda faena; es la moza enamorada que espera á su rondador tras la cortina de flores de su reja; es el hijo que perdió á su madre, y echa de menos aquel amor insustituible y bendito; es el preso que se lamenta, el amante que suspira, el dichoso que ríe, el triste que llora; es el pueblo que trabaja, que padece, que goza y que ama, y busca para sus alegrías y para sus dolores, para alivio de su labor y para compañera de su descanso, lo que ha sido, es y será siempre la expresión suprema del sentimiento humano: la poesía...»

¡Y mire usted qué rareza!

Siendo la poesía eminentemente popular, hija del pueblo, como usted dice muy bien, los poetas viven del arado, del palustre, del escoplo y del remo, y ustedes... de la poesía.

¿Será hembra mala?

Abandona á su marido (el pueblo), y se va con sus querendones (los poetas de oficio).

¡Cuatro duros por sesión!

¡Que aproveche, poeta!

**

El Noticiero Sevillano, que está siempre en todo, á la vez que se ocupa en la crisis porque atraviesan las clases jornaleras y las huelgas insistentes en toda España, diciéndonos que nos amenazan días de luto y hambre si esto no se remedia, nos cuenta, hablando de las cofradías que harán estación en la próxima Semana Santa:

«La túnica del Santo, de terciopelo verde, lleva únicamente bordada una ancha guardilla en la parte baja y en las bocamangas; el dibujo de este trabajo es finísimo.

El mantolín de otra de las Marías, bordado sobre terciopelo rojo, lo forma un precioso dibujo de flores y hojas, que parten de las esquinas de aquél.

Estrena además ese paso dos banderolas de bocinas, cuyo bordado, en terciopelo rojo, lleva en el centro los escudos de la corporación en plata y oro; el escudo real, rodeado del toisón de oro, y una elegante guardilla.

El mantolín que lucirá la Magdalena será de tistí de oro.

Por falta de tiempo no podrá estrenar la Santísima Virgen el nuevo manto; pero hemos visto el dibujo, que supera por su riqueza y gusto á los que se exhiben generalmente.»

¿Cuántos braceros tiene colocados el municipio? ¿Mil quinientos?

Todavía puede colocar quinientos más.

Porque esas hermandades riquísimas, en vista de la situación agobiadora porque atravesamos, renunciarán á la subvención.

¿Para qué la quieren!...

¡Que estrenen menos trajes y más conciencia!...

CARRASQUILLA.

Prueba decisiva

(HISTORIA QUE PARECE CUENTO)

Don Nicomedes era un viejo simpático. Joven de corazón, fresco de inteligencia, huía instintivamente de los hombres rancios y tenía por amigos mozos inteligentes, con quienes compartía, siempre con criterio avanzado y liberal, sobre todos los problemas divinos y humanos.

Sabíamos que no era católico ni pertenecía a otra religión alguna conocida; pero no habíamos podido sacarle el problema religioso en última palabra. Se reía de igual modo de católicos y protestantes, de budistas, israelitas y mahometanos. Combatía indistintamente todos los dogmas; pero no era un escéptico, tenía fe en la vida, en el porvenir de la humanidad; amaba lo bueno y lo bello, se extasiaba ante los prodigios de la naturaleza; nos parecía a veces panteísta y otras materialista puro.

Nos bastaba para estimarle saber que no era un dogmático, sino un hombre en que la razón había ahogado la fe, y que estaba, sin intransigencia, dispuesto siempre a aceptar todo lo que se le probase de una manera concluyente.

Era hombre de regular fortuna y estaba casado con una castellana vieja, de la que tenía una hija, joven a la sazón de veintidós años.

Madre é hija eran, más que religiosas, beatas. Todas las predicaciones de D. Nicomedes se habían estrellado siempre contra la fe de su esposa, que había educado en las mismas creencias á su niña.

Algunas veces echábamos en cara á nuestro amigo la mojigatería de su familia. Don Nicomedes recurría entonces á sus respetos á las ajenas ideas.

—Que crean lo que gu. ten—nos decía.—Mientras cumplan con sus deberes y me respeten, no me importa.

Y en verdad que, por lo demás, no tenía por qué quejarse de su esposa ni de su hija, pues ni le molestaban ni dejaban de ser para con él solícitas y cariñosas.

—¡Ah!—le decíamos muchas veces—ya sabemos lo que le va á ocurrir cuando muera. No faltarán curas al lado de la cama. La de usted sí que es conversión segura. No sólo por su mujer y su hija, que son católicas á marchamartillo, sino por los muchos otros parientes que tiene usted, también religiosos y fanáticos.

Don Nicomedes tenía sobre todo un primo que no salía de la iglesia y que no había contribuido poco á enardecer la religiosidad de las dos mujeres.

—No lo crean ustedes—contestaba á nuestros augurios el buen viejo.—No sé cómo andaré de la cabeza entonces; pero por poco claro que vea, yo les aseguro que no entrarán curas en mi alcoba.

**

Supe un día que estaba D. Nicomedes gravísimo.

Corrí á su casa. La familia estaba de cónclave.

—Creo que sí—decía la esposa de D. Nicomedes cuando entré en el gabinete.—Hemos conseguido tocarle en el corazón.

—Como se ve tan malito, le ha hecho impresión—murmuró la niña.

—Más vale asustarse que perderse—replicó sentenciosamente el primo.

Entré en la alcoba.

Don Nicomedes me reconoció enseguida.

—Esto se va—me dijo sonriendo con tristeza.

—No será tanto—le contesté aproximándome á la cama.

—Sí, ya ves, ya quieren confesarme.

No contesté. La conversación de la familia me había puesto en autos.

—El caso es—continuó D. Nicomedes como si tratase de disculparse—que la fe es algo que se pega. Porque no es, no, por el qué dirán, es porque creen procurarme un beneficio.

—La fe...—murmuró yo por no saber qué decir.

—Sí, la fe—siguió D. Nicomedes.—Madre é hija darían por lo que llaman salvarme, hasta su vida.

Quedó luego un momento pensativo.

En esto entró la esposa fingiendo cara de pascua.

Miró á su esposo y luego me miró á mí, como si quisiese averiguar de lo que habíamos hablado.

Temía seguramente que yo fuese un peligro para la salvación de su esposo, y para evitarlo venía decidida á no dejarnos solos. Se sentó junto á la cama.

—¿Cómo le encuentra usted?—me preguntó.

—¿No es verdad que no tiene mala cara?

Antes que contestara, entró el primo. Más resuelto que ella, se dirigió desde luego al enfermo preguntándole: —¿Qué? ¿Te has decidido? El enfermo parecía ensimismado. No contestó.

De pronto se oyó que decía: —¡Oh!—como si hubiese recordado algo.

—Bien—volvió á decir el primo—¿te has decidido? Yo, francamente, contando con que eres razonable, he mandado avisar...

—Parece que corre prisa—exclamó D. Nicomedes incorporándose.

—No—se apresuró á decir la esposa.—Ya sabes que este es en eso exagerado.

Consideré prudente retirarme. Tendí la mano á la presunta viuda, y ella enseguida me dijo:

—Adiós, ya vendrá usted á verle...

Pero D. Nicomedes me cogió por el faldón de la levita, diciendo:

—Quédate. Has sido siempre un buen amigo mío. Y, por otra parte, si ahora no tengo el valor de mis actos, ¿para cuándo voy á dejarlo? Quédate; tú puedes saberlo todo.

El primo y la esposa me miraron con desconfianza.

—Llama á Clarita—dijo D. Nicomedes á su esposa.

Obedecida la orden.

—Sentáos todos—gritó, más que dijo, don Nicomedes.

Nos sentamos.

—Soy, en efecto, un hombre razonable—continuó el enfermo.—Afortunadamente creo que conservo completas mis facultades. Ya sabéis todos, y tú más que nadie—añadió mirándome—que jamás me tuve por católico. De joven transigía con las fórmulas que no me fueran muy molestas. Cuando, ya maduro, reflexioné seriamente para fijar mis opiniones, hallé absurdos todos los dogmas religiosos. Así continuo pensando. Pero no por eso he dejado ni dejo de respetar la ajena fe. Voy á morir; no me cabe la menor duda. El eterno problema está ahora ante mí más apremiante que nunca. Esta es la prueba definitiva. Vale la pena de pensarlo nuevamente. He reflexionado, pues, con todo el detenimiento posible...

—¿Y has decidido?...—interrumpió el primo impaciente.

—He decidido que puede que tengais razón...

La familia respiró satisfecha.

El primo me miró con el raballo del ojo.

—Sí, puede que tengais razón—siguió el enfermo—y yo no quiero exponerme á ser yo el que no la tenga. Realmente, la salvación en una vida que ha de ser eterna, es cosa que importa. Estoy, pues, decidido á seguir vuestro consejo, á confesarme, á reconciliarme con Dios, á quien tanto debo haber ofendido. Pero depende de vosotros que lo haga.

—Ya he mandado avisar al cura—dijo el primo.

—Sí—agregó la esposa—confiando en lo bueno que eres, le hemos mandado llamar.

Yo no sabía qué hacer. Don Nicomedes dejó pasar estas interrupciones, y luego agregó:

—Habéis ido quizá demasiado de prisa. Sabed que yo no juego con las cosas serias. Me confieso, ó no me confieso; pero si me confieso, ha de ser de verdad, como se confiesan los que creen, como se confiesan los arrepentidos, los que quieren volver á la gracia de Dios.

—Es claro, es claro—interrumpieron todos.

—Necesito de vuestro consentimiento, pues creo un deber advertiroslo antes. Sabed que, de confesarme, debo restituir todo lo que poseo, porque todo es mal adquirido.

La casita de Chamberí la gané en un pleito que seguí de mala fe; la de la calle de Peligros era de aquellos menores de que fui tutor: las acciones del Banco las compré enajenando unas láminas de los Pósitos de Almagar de Abajo. Quedarán todavía, restituido todo, algunas deudas, pero, Dios me las perdonará en gracia al dolor con que he de resignarme á morir desahuciado en la miseria.

Yo bajé la cabeza como si quisiera esconderme. Tan aterradoras eran las caras de las dos mujeres y del primo.

Sonaron dos golpecitos en la puerta. Los tres se levantaron como por resorte.

La puerta se entreabrió y un sacerdote asomó medio cuerpo.

La esposa de D. Nicomedes, la hija y el primo, se lanzaron á él como tres fieras.

—¡No se puede entrar, no se puede entrar!—gritaron á coro, y á empellones echaron al cura, sin que le valieran las protestas contra tamaña descortesía.

Todavía sonaban en el lejano pasillo voces de:—¡Fuera de aquí! ¡Esto es un atropello!—y

otras tales, cuando oí en la alcoba una gran carcajada.

Era D. Nicomedes, que se moría de su enfermedad y de... risa.

F. PÍ Y ARSUGA.

El pago en oro

La Gaceta llegada ayer á Sevilla publica el decreto de promulgación de la ley sobre el pago en oro de los derechos arancelarios.

Hé aquí el articulado:

Artículo 1.º Se pagarán en oro todos los derechos de exportación y los de importación de las mercancías comprendidas en las siguientes partidas del arancel de Aduanas:

Seis.—Carbones minerales y el cok.

Ocho.—Petróleo y aceites minerales que den por la destilación á 300º centígrados más de 80 por 100 de residuos.

Nueve.—Dichos de 20 á 80 por 100 inclusive.

Diez.—Dichos de menos de 20 por 100.

Once.—Oleonaftas, aceites lubricantes minerales, vaselinas y las mezclas de estos productos con aceites ó grasas animales ó vegetales.

Doce.—Bencina, gasolina y otros productos semejantes.

Trescientos seis.—Coches y berlinas de cuatro asientos y las carretelas de dos tableros con avances, capota ó sin ella, nuevos, usados ó compuestos.

Trescientos siete.—Berlinas dos asientos, tengan ó no bigotera; los omnibus de más de 15 asientos, y las diligencias, nuevos, usados y compuestos.

Trescientos ocho.—Otros carruajes de dos ó cuatro ruedas, sin tableros, tengan ó no capota, cualquiera que sea el número de asientos, los omnibus hasta 15 asientos y los carruajes no expresados en las clases anteriores, nuevos, usados ó compuestos.

Trescientos diez y seis.—Embarcaciones de casco de hierro ó de acero y la de construcción mixta de cualquier cabida.

Trescientos veinticuatro.—Bacalao y pez-palo.

Trescientos veinticinco.—Polvo de pescado.

Trescientos treinta y dos.—Trigo.

Trescientos treinta y tres.—Harina de trigo.

Trescientos treinta y seis.—Los demás cereales.

Trescientos cuarenta y dos.—Cacao en grano, sin tostar, y la cáscara de cacao, producto y procediendo directamente de Fernando Póo.

Trescientos cuarenta y tres.—Dichos de otras procedencias.

Trescientos cuarenta y cuatro.—Cacao tostado, molido, el en pasta y la manteca de cacao.

Trescientos cuarenta y cinco.—Café en grano, sin tostar, producto y procediendo de Fernando Póo.

Trescientos cuarenta y seis.—Dicho de otras procedencias.

Trescientos cuarenta y siete.—Café tostado, molido, la achicoria tostada y sin tostar y otros productos semejantes.

Trescientos cuarenta y ocho.—Canela de todas clases y sus imitaciones.

Trescientos cuarenta y nueve.—Pimienta, clavo y las demás especias y sus imitaciones.

Trescientos cincuenta.—Té y sus imitaciones y la hierba mate.

Trescientos cincuenta y cinco.—Vinos espumosos.

Trescientos cincuenta y seis.—Vinos generosos ó de licor, en pipas ó envases semejantes.

Trescientos cincuenta y siete.—Los anteriores en botellas.

Trescientos cincuenta y ocho.—Los demás vinos, en pipas ó otros envases semejantes.

Trescientos cincuenta y nueve.—Los anteriores en botellas.

Artículo 2.º En las liquidaciones de los mencionados derechos se hará una reducción que corresponda al tipo medio del cambio sobre el extranjero. Si resultase en la reducción una fracción decimal, se prescindirá de ésta en el caso de no que llegué á 50 céntimos. Si llegase ó excediese se computará por una unidad.

Se entenderá por tipo medio del cambio el del beneficio que hayan tenido las letras á la vista de Madrid sobre París, según el Boletín de Cotización de la Bolsa de Madrid, en el período anterior al en que procede hacer la liquidación de los derechos de importación ó de exportación.

El ministro de Hacienda fijará en los días 15 y último de mes dicho tipo medio del cambio y la reducción á que habrán de sujetarse, durante el período siguiente, las liquidaciones de derechos, publicándose dichos tipos en la Gaceta de Madrid.

Art. 3.º En el pago de los derechos en oro se admitirá por todo su valor.

Primero.—Monedas de oro de cuño español.

Segundo.—Monedas de oro de las naciones que forman parte de la Unión latina.

Tercero.—Billetes del Banco de Francia; y Cuarto.—Letras ó cheques sobre París, Londres, Bruselas ó Berlín, siempre que estén libradas, respectivamente, en francos, libras esterlinas, francos ó marcos, y debidamente garantidas.

Art. 4.º Las fracciones inferiores á diez pesetas que resulten en las liquidaciones de los derechos que se paguen en oro se abonarán en moneda española, que se admitirá por todo su valor representativo.

Art. 5.º El ministro de Hacienda adoptará

las disposiciones necesarias para el cumplimiento de esta ley.

Artículo transitorio.—Las disposiciones de esta ley empezarán á regir el día 1.º del mes siguiente al en que se promulguen en la Gaceta de Madrid, fijando el ministro de Hacienda el tipo medio del cambio y la reducción correspondiente, en los términos establecidos en el artículo 2.º

Las liquidaciones practicadas ó que se practiquen en virtud del real decreto de 30 de Noviembre último se considerarán como definitivas.

De actualidad

Hoy en Madrid las tropas estarán acuarteladas y se establecerán retenes.

Publicáronse cinco periódicos en Barcelona.

Acéntúase la normalidad y siguen las gestiones para solucionar el conflicto.

Turín: agrávase la huelga con caracteres alarmantes.

Dirigen el movimiento dos diputados socialistas.

Ha habido nuevas y sangrientas colisiones.

En Granada, Villagarcía y Miers han sido prohibidos mítins obreros.

Dícese que en el Consejo reiteró su dimisión González, y obligóle á desistir Sagasta.

El general Bargés telegrafía que se trabaja en casi todas las fábricas con la mayoría de los obreros, exceptuando parte de las metalúrgicas como La Maquinista, Vulcano y otras.

Donde se trabaja, los huelguistas intentan cometer coacciones, por parejas, no atreviéndose á hacerlo en mayores grupos.

Duda el general de que este procedimiento dé á los huelguistas buen resultado.

Añade que todos los medios de locomoción funcionan bien.

Pa á la completa terminación de la huelga, sólo falta que se sometan parte de los metalúrgicos.

En los demás centros fabriles del distrito confían que cesará hoy la huelga completamente.

Da cuenta de la llegada de los cazadores de Llerena y Ciudad Rodrigo, y del regimiento de caballería del Rey, cuyas fuerzas auxilian á las de la guarnición, protegiendo las fábricas.

En Málaga se han declarado en huelga los obreros cerrajeros de la sociedad de Altos hornos.

El gobernador, acompañado del jefe de vigilancia, visitó los talleres para conocer el motivo de la huelga, que hasta ahora continúa sin explicación.

Los cerrajeros se reunirán esta noche para definir su actitud.

Las demás fábricas funcionan como de ordinario.

Un matrimonio que habitaba en una casa de la plaza de Colón (Córdoba) se acostó, dejando dentro de la alcoba un brasero encendido.

La habitación estaba cerrada y el ácido carbónico que se desprendía del brasero inficionó el aire, produciendo la muerte á la mujer, llamada Filomena Cacién.

El marido, Apolonio López, fué sacado del lecho en gravísimo estado.

En una finca próxima al pueblo de Castro del Río (Córdoba) una aceitunera, llamada Joaquina Dávila, dió á luz una niña, enterrándola en un estercolero para ocultar su deshonra.

La guardia civil detuvo á la desnaturalizada madre.

En Cádiz una falsa alarma originó el cierre de tiendas.

Como el gobierno había recomendado la adopción de precauciones en previsión de desórdenes, la guardia civil estuvo patrullando por la población.

Los obreros renunciaron á la anunciada manifestación de solidaridad para con sus compañeros de Barcelona.

Trabájese en los astilleros, fábricas, talleres y obras particulares, sin que ocurriera nada imprevisto.

Anochecido se reprodujo la falsa alarma. Continúan las precauciones.

El columpio

Hé aquí un aparato al par de recreo y de gimnasia. Estamos en la época en que se ejercita, época que termina con el Carnaval, y antes de que se arrollen sus cuerdas ó se arranquen de las vigas de que cuelga, vamos á dedicarle un rato.

Todos sabemos lo que es un columpio: en Andalucía, sobre todo, no habrá quien no lo coa